
EDUARDO BARRIOS

El primer libro de Gabriela Mistral

DIJE no hace mucho en una conversación: "Si Rubén Darío tendió todo un cielo nuevo sobre la poesía castellana, Gabriela Mistral ha venido a ocupar en este cielo el puesto de la diosa".

No soy amigo de las frases grandilocuentes. Antes bien, las detesto. Y lo dije porque así como hay ocasiones en que los sentimientos suprepujan a las palabras y exigen la música, hay veces también en las cuales el juicio es exaltado por el valor del objeto en apreciación, y arranca por fuerza la frase inusitada.

Sí; en este cielo nuevo tendido por Rubén Darío sobre la poesía castellana, Gabriela Mistral abre sus alas de diosa hoy, y abarca, llena, domina el espacio. Su corazón de brasa y su lengua de llama enrojecen el aire, renuevan celajes y horizontes. La ponderación musical de Darío, el florecer elegante de su melancolía indo-europea, su equilibrada y suave gracia helénica, su panismo que estruja todos los racimos para concluir en penitenciaro recogimiento bajo el sayal católico, toman ya quietud augusta y marmórea, actitud sin regencia actual. Mantenemos su culto en la eternidad, como el de un dios en el santuario; porque la hora presente para la poesía de América se violenta de amor, inflamada por la diosa nueva. Hoy la entraña humana de la tierra clama; grita de dolor; el empinamiento religioso recobra la voz candente del salmista; el perdón posa la mano sobre los corazones mientras en el labio el reto continúa; la noche mece al mundo en regazo de madre que arropa en dulzuras permaneciendo ella sufriente, brava y trágica; y aun los niños sensibles, parece que van a modificar su ensueño y a retener el rosa de la guirnalda con que hacían ronda en torno a nuestros días.

Es así. Debo repetirlo ahora frente a este libro magnífico, *Desolación*, donde forma un solo haz la obra casi entera de la gran poetisa.

No obstante, cuán difícil, si no imposible, resulta definir exacta y acabadamente una de estas personalidades cúspides o síntesis de su raza en una época. Apenas fijamos sobre ellas dos ideas, vemos ya que, hallándonos en lo justo, no alcanzamos gran cosa de la verdad total. Porque decimos siempre que el alma de un gran poeta resume su tiempo y su mundo; mas nos olvidamos de agregar que, cabalmente por la amplitud de esta representación, los relámpagos significativos de esa alma son tantos, que polifurcan el juicio, lo tornan complejo y terminan por desconcertarlo. Y es que demasiado a menudo surgen estos relámpagos del choque de las grandes fuerzas contradictorias que en el hombre luchan sin cesar y en vano por eliminarse o conseguir conciliación. El poeta siente esas fuerzas, las canta, las alumbró; pero nos las envía en grandeza, las mantiene así casi inconceptuales para la razón, y ellas permanecen enormes y oscuras como el misterio mismo de la vida. Son el Verbo que no se hará carne de cerebro.

Múltiples han de seguir ante nosotros estos genios, múltiples e inabarcables. Nos inclinaremos, pues, ante ellos, y nos habremos de resignar a esbozar descabadamente sus aspectos.

Comencé, yo, por ejemplo, trazando un perfil de zarza ardiendo al frente de estas presunciones críticas; y la afirmación vacila ya, en cuanto abro al azar el libro y pasan diluyendo mi concepto poemas como *El Ángel Guardián*, *Piececitos*, *Manitas*, *Canciones de Solveig*, y diez y veinte más, que llevan al encantamiento

de lo inefable, suave, tierno, manso, humilde. Pompa blanca que la emoción no enrojece sino que dora en rosa, todo este fluir de cantos leves me contradice, se opone al tajo duro del monte, a los brazos retorcidos de la angustia y a ese desolado alarido jamás escuchado antes del *Poema del hijo*, y aún antes de *Interrogaciones*, *Los sonetos de la muerte*, *Intima*, *Tribulación*, *La montaña de noche*, antes de toda esa enorme sección Dolor.

Despréndese también de aquí la relatividad de algo que se generaliza como aserto definitivo al sentar la estirpe de nuestra poetisa: su espíritu esencialmente hebraico. Esto no me parece absoluto. Yo diría más bien: Es un alma de Israel convertida al cristianismo. No sería grande la enmienda; pero precisaría el matiz. Porque Gabriela Mistral es David, Job y Salomón, en Mateo, Pablo y Juan. Antes de evocar su *Mujer fuerte* y su *Ruth* la moabita "bajo el sol caldeo", nos dijo en occidente su más genuino ardor *Al oído del Cristo*. Su aliento bíblico nos llega siempre aromado en el aliento del Nazareno. Su corazón está henchido por la sangre piadosa del Hijo. Aún cuando tiene ira, es del Maestro su azote y a El pide redención:

*"¡Retóñalos desde las entrañas, Cristo!
Si ya es imposible, si Tú bien lo has visto,
si son paja de eras... ¡desciende a aventar!"
¿No os sentís ante los latigazos
en el templo?*

Y repasad composiciones fundamentales desde el punto de vista religioso, como *Viernes Santo*, *Nocturno*, *La Cruz de Bistolfi*, *Al oído del Cristo*, *Canto del justo*... Veréis, bajo la maravilla poética, siempre la viscera cristiana. El ruego, acaso lo más grande y perfecto de su obra en verso —con *Amo amor*, *El poema del hijo* y *Dios lo quiere*— ¿no está sellado en la fe de Cristo y empapado en su llanto de amor y perdón?

*"Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas moljados,
en refrescar de besos las trenzas del cilicio
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.*

*.....
Se mojarán los ojos oscuros de las fieras
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste*

*llorará por los párpados blancos de sus ne-
lveras;
itoda la tierra tuya sabrá que perdonaste!"*

*Hay que llamarla, pues, hebrea;
pero como ella dice "¡Oh, Rey de
los judíos!" al Hijo de Jehová, no
a Jehová mismo.*

Y he aquí aún varias preguntas frecuentes y que saltan contraponiéndose: ¿Gabriela Mistral es sencilla, es completa en su poesía? ¿Es clara, es oscura y atormentada en la forma? ¿Es rica de léxico, o reduce sus vocablos a una centena insistente?

Hay demasiada grandeza en ella para que su sencillez pueda ceñirse a la del simple; y por la misma razón, a unos parece turbia y a otros despejada. La claridad y la sencillez se hallan en relación estrecha con las aptitudes receptivas de quien lee, mira o escucha. Aunque la mitad de los poemas de este libro penetran directos a la sensibilidad más ingenua, muchos requieren cierta riqueza de acústica interna. Almas para quienes sólo existe una visión horizontal, hallarán confuso el verso prismático, en el cual se proyecta la significación en diferentes sentidos a la vez; verso denso y ancho, que envuelve la periferia sensible, y se adentra en lo profundo, y se aleja en lo vago, y sueña en el misterio y en lo trascendental tiembla, todo en un movimiento único hecho de actos simultáneos. Para alcanzar la plenitud de este verso se hace menester, sí, contar con percepciones mayores, con una buena caja de resonancia interior, y tener en la frente la estrella de la propia claridad. Entonces, esta poesía no sólo será clara, sino que se adueñará del alma en definitiva.

Pero... algunos no entienden; porque ellos son oscuros. No depende de nosotros el darles lucidez. Si lo pretendiéramos, procederíamos como aquellas tías del Marcel Proust. "Creían ellas que deben presentarse a los niños obras de arte que admiramos definitivamente cuando somos hombres maduros, y que los niños demuestran buen gusto si las encuentran agradables. Y es porque, sin duda, estas personas se representan los méritos estéticos como objetos materiales que unos ojos abiertos no tienen más remedio que percibir, sin necesidad de haber ido madurando lentamente sus equivalentes dentro del propio corazón".

Con los que no comprenden, pues, no cabe disputa. Contra ellos no pueden sino el tiempo, el cultivo largo; y eso, cuando poseen una sensibilidad susceptible de progreso. Entre esos seres y un gran poeta se interpone la mayor de las distancias; la que se mide en el espacio interno. Y por lo general, hacemos en estos negadores un descubrimiento triste; las ideas se han inmovilizado ya en ellos, les molesta pensar, tienen pereza de ir adelante.

El tormento de la forma en Gabriela Mistral es ya punto de explicación más fácil. Arranca de un odio, de un asco invencible que la poetisa siente por lo trivial, senecto y gastado. Huye con tal empeño del lugar común, que sus versos sufren enmiendas sin fin. Nunca la he visto satisfecha con la factura de un poema suyo. Para algunos, este luchar heroico concluye en cierta pérdida de soltura, espontaneidad, transparencia. Yo anoto que, en cambio, viven únicos, inconfundibles, nuevos de toda novedad.

Comprendamos cuando nos dice:

*"Tengo ha veinte años en la carne hundido
—y es caliente el puñal—
un verso enorme, un verso con cimera
de pleamar.
De albergarlo, sumisa, las entrañas
cansa su majestad.
¿Con esta pobre boca que ha mentido
se ha de cantar?
Las palabras caducas de los hombres
no han el calor
de sus lenguas de fuego, de su viva
tremolación.
Como un hijo, con cuajo de mi sangre
se sustenta él
y un hijo no debió más sangre en seno
de una mujer.
¡Terrible don! ¡Socarradura larga
que hace aullar!
El que vino a clavarlo en mis entrañas
tenga piedad!"*

Aunque el grito no se da aquí por la mera preocupación de la forma verbal, está en rastro elocuente a cada paso. Y responder con esta fortaleza es concluir la discusión.

Por lo demás, bueno es advertir que la tortura de la forma quedó ya en sus versos de otra época. Mucho tiempo hace que su estilo se ha flexibilizado incomparablemente. Hoy es a la vez único y fácil. Con una facilidad majestuosa, eso sí, hija precisamente de aquella tortura.

Y consecuencia de esta lucha resulta: la cuestión cuantitativa de su léxico; porque en gastar sólo gemas propias y singulares, trae una necesaria reducción de los elementos verbales. Pero esto constituye el estilo de Gabriela Mistral, y ella parece preferir la riqueza de la calidad a la de la abundancia, por cierto que con una altísima razón. El perjuicio de ello lo veo apenas para quienes pretenden hacerse sus imitadores. ¿Quién podrá usar hoy sin peligro de influencia "cuenco", "huesa", "desgajar", "cuajo", "nevera", "garfio"...?

Mas aparte de que, como he dicho, la mitad de este libro penetra sin esfuerzo en las sensibilidades más ingenuas, todo esto es secundario y mínimo.

Lo esencial reside en la entonación de este poeta excelso, vendaval de enormidades; y bajo el ondear soberbio de su espíritu están todavía la universalidad de los temas que la encienden y exaltan, lo múltiple de sus acentos y la iluminación plena que recibe cuanto cae bajo su gracia augusta.

Como entonación, sólo D'Annunzio alcanza en este siglo su altura. *Cima, Volverlo a ver, Ceras eternas, Yo no sé cuáles manos, La espera inútil, La obsesión*, —por no repetir citas ya hechas ni fatigar con nomenclaturas sin cuento— nos vienen con voz de mares y resonancias de montaña. Los temas son casi siempre de valor eterno, y con tal poder están expresados y tal trascendencia humana fué de ellos tendida hacia los horizontes de nuestro espíritu, que luego de sentirnos crecidos y como prolongados creemos hasta imposible que nadie los vuelva a tocar, *Amo amor, Los poemas de las madres, Los poemas del éxtasis*, trepan en cada cima poética. Y la variedad de acentos que va de *El Pensador de Rodín* a *Obrerito* y las *Canciones de cuna* es gama de genio.

Advertencia genial me parece también ese soneto de mármol que abre el volumen:

*"Con el mentón caído sobre la mano ruda,
el pensador se acuerda que es carne de la
lhuesa
.....
..... Y no hay árbol torcido
de sol en la llanura, ni león de flanco herido,
crispado como este hombre que medita en la
[muerte]."*

Pues bien, sobre toda esta excelsitud está todavía la humilde bondad de Gabriela. En carta reciente me ponía: "Todo lo malo que puedan decir de mi libro me lo he dicho yo antes". Y en su anterior me había escrito ya su autocrítica, tras la cual apenas permanecía en pie *El poema del hijo* (?). No es un cuento, es verdad, diré con ella... Para que nada haga remisa nuestra admiración, Gabriela es humilde, buena profundamente. Su mejor elogio al amigo se vuelca siempre en esta frase: "Fulano es un hombre bueno".

Esto legitima nuestra veneración. Venerar es admirar con amor. Demos veneración a nuestra poetisa; pues sólo para quien tiene un corazón bien puesto, el talento es una dignidad.

Os lo digo porque paso a paso he seguido su vida en diez años y siempre la vi "ahuecar" el pecho de madre a los tristes, a los faltos de valimiento, a los mansos de corazón, aún a los distraídos, con tal que tuviesen la "buena voluntad" que pedía el Maestro. En *La maestra rural* y *Credo* podréis mirarla a fondo; en *El himno cotidiano* y *Hablando al padre*, oír su prez genuina.

Y he ido postergando dos cuerdas primordiales de esta cítara gigante: la madre y la enamorada. Tan sólo ellas dos, darán un libro a la crítica de la posteridad; bastarán ellas para ungir la genio. Ahora, en artículo fugaz, limitémonos a indicarlas.

Para verlas, para vibrar, sacudirse, agitarse en sus acordes desacordadores, seguid —no hace falta más— de *El niño solo* a *La mujer estéril* y *El poema del hijo*, este temblar de amor que se angustia.

Dice por ahí:

"Un niño de ojos dulces me miró desde el
lecho
una ternura inmensa me embargó como un
vino!

Y sin embargo es ella

"La mujer que no mece un hijo en el regazo,
cuyo calor y aroma alcance a sus entrañas..."

Allí está la fibra medular de su drama. Aún para el dolor por él hallará resignación. Ese amor significa en la espada de su tragedia la huella de sangre perdurable; pero la puede mecer el llanto, se

puede resolver en Dios. La madre lleva rumbo inverso. La madre aún espera; ¡aún por las noches se le duerme alzada la mano sobre un visible infante!" y de día o en la vigilia nocturna, la razón zozobra de soledad. *El poema del hijo* aúlla la tragedia; y no tanto en los gritos que piden urgidos el niño, que son verdad; en los que mienten;

"¡Bendito pecho mío en que a mis gentes
lundo
y bendito mi vientre en que mi raza muere!"

Esta mentira horrible hace la desgarradura. Por ella nos salpicamos el alma de lágrimas de lava y está nuestro corazón convulso cuando llegamos a la exclamación final:

"¡Padre nuestro que estás en los cielos! Re-
lcoge
mi cabeza mendiga, si en esta noche muero!"

Concíbese que de su autocrítica salve este poema. El es toda ella, lo que no morirá.

Comprendo también que *Los poemas de las madres*, con los cuales todos nos enorgullecemos, para ella pasen sin amor. Fueron tal vez su ilusión mentida, un triste jugar acaso. La imaginación, la identificación, el instinto exacerbado, por el largo ansiar le dieron el acierto, el presentir más pleno que un sentir de experiencia. Ella no los ama. Se sobrepone demasiado a ellas su dolor.

Y el título de estos poemas me trae a la cuenta de no haber citado uno de los más grandes valores de la artista; su prosa. Muchos la celebran más que su verso. Tal perfección de cadencia musical hay en esta prosa, que arroba. En *Los poemas del éxtasis* encuentro la cifra máxima. Densos de sentido, libres de todo adorno superfluo, transparentes de palabras, alados de ritmo, grávidos de la más estupenda poesía, traspasan como el ojo de Dios que el mismo siente entrar en él para traerle altura y eternidad. En *Los poemas del hogar* y en los *Motivos del barro*, una humildad bienhechora súmase aún al prodigio. Y en los cuentos escolares, donde la maestra —el río de oro en que se volcaron al fin todos los crisoles de amor para esparcirse en los prados de los años ajenos— preside; el

símbolo viste de poesía clara y llena de luz plasmadora de conciencias vírgenes. Con el pretexto de *Desolación* rindamos, pues, homenaje al primer espíritu genial que da Chile al mundo.

Sonríó al emplear este adjetivo. He sonreído cada vez que se deslizó en estas páginas, las más sinceras de cuantas en apreciación escribí nunca. Sonríó al imaginar las caras de los tibios. Les parece demasiado fuerte la palabra genio. Les deseo que algún día estén en presencia de la poetisa.

Su persona irradia tal poder espiritual que sobrecoge. Ya no se duda. Confieso que cada vez que me hallo en su presencia, siento el dominio. Un flúido emana de ella. Tiene el verbo de la mirada, el verbo del gesto, el verbo del callar, el verbo de las manos. Algo imposible de resumir en elementos objetivos fórmale atmósfera. Somos asidos presos. Por momentos, nos sentimos incómodos; un respeto parecido al miedo nos desordena el pensamiento. Tememos responderle algunas cosas sin lograr la palabra que ci-

ñe y valoriza exacta y alumbradamente la idea, como ella lo hace. A no ser por su bondad, por su risa limpia de toda torcida intención, por su jugar de niña que a lo mejor estalla y nos alivia y entona, huiríamos, cansados como si nuestra sensibilidad hubiese sostenido mucho rato una presión agobiadora.

Quien no lo haya experimentado, quien carezca de capacidad para recibir la grandeza de su obra, niegue.

Recuerdo una respuesta de Armando Donoso a un amigo que la felicitaba por su reconocimiento amplio y entusiasta para el genio de Gabriela Mistral:

¿Y qué gracia es reconocerla?

Si estuviéramos en Italia ¿no reconoceríamos a D'Annunzio? Para nosotros es una necesidad reconocerla. Para ella, nada.

Y estas palabras sencillas dicen la verdad con la magia de una flor. Por eso he querido cerrar con ellas este vehemente y desaliñado hablar.